

# NEW LEFT REVIEW 100

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2016

	<b>EDITORIAL</b>	
SUAN WATKINS	¿Soltando amarras?	7
	<b>ARTÍCULOS</b>	
MALCOLM BULL	Ablandar el Estado	39
TONY WOOD	Espejos oscuros	61
PERRY ANDERSON	Los herederos de Gramsci	79
NANCY FRASER	El capital y los cuidados	111
MICHEL AGLIETTA	La desaceleración estadounidense	133
	<b>CRÍTICA</b>	
ROB LUCAS	La máquina libre	146
EMMA FAJGENBAUM	La cultura de la auditoría	163
DAVID OWEN	Los conformistas	172

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

**ts**  
**td** traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

SUSAN WATKINS

## *Editorial*

### ¿SOLTANDO AMARRAS?

**E**L SORPRESIVO RESULTADO del 52 frente al 48 por 100 obtenido en el referéndum celebrado en Reino Unido el 23 de junio de 2016 sobre el eventual abandono de la Unión Europea ha dejado al país tambaleándose, obligándole, por primera vez en su historia, a emprender un nuevo rumbo en su política exterior en contra de los deseos de la clase dominante, por no hablar de sus intelectuales y de gran parte de su juventud. También representa una derrota para la UE, una reversión de la carrera de expansión e integración cada vez mayor iniciada hace sesenta años. En Londres, la respuesta inmediata fue a la vez solipsista y civilizacional, valorando el evento en términos de catástrofe histórica. «Después de la paralizante conmoción inicial ha llegado la tristeza, la alarma y, para algunos, la desesperación», escribió Jonathan Freedland en *The Guardian*. «La hora más triste», coincidía en el *Financial Times* Martin Wolf, para quien el resultado era «probablemente el acontecimiento más desastroso de la historia británica desde la Segunda Guerra Mundial». Para Timothy Garton Ash era «un duro golpe a Occidente y a los ideales de la cooperación internacional, el orden liberal y las sociedades abiertas». Facebook, se decía, se había convertido en un Muro de las Lamentaciones, donde reinaban pesadillas de xenofobia: los británicos, al parecer, «habían votado para legalizar, cuando no convertir en un deber, la caza de extranjeros». La respuesta popular en el continente era más optimista: sólo un tercio de los alemanes y una cuarta parte de los franceses se sentían totalmente frustrados por el Brexit<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Respectivamente: Jonathan Freedland, «For the 48 per cent, this was a day of despair», *The Guardian*, 25 de junio de 2016; Martin Wolf, «Brexit will reconfigure the UK economy», *Financial Times*, 24 de junio de 2016; Timothy Garton Ash, «As an English European, this is the biggest defeat of

La explicación prevaleciente, una vez que las cabezas se han enfriado, es que Cameron perdió su apuesta en el referéndum, porque subestimó el *ressentiment* de los perdedores de la globalización. Aunque había otros factores en juego, el voto a favor del Brexit suponía por encima de todo «una revuelta contra la globalización», decía Philip Stephens en el *Financial Times*. Para *The Economist*, mostraba «un país fuertemente polarizado, con una élite metropolitana a la que le gusta la globalización y una clase obrera furiosa, porque no le gusta en absoluto»; «la decisión británica de abandonar la Unión Europea ha sido el premio gordo para quienes se oponían a ella». Fríamente considerado, forma parte del mismo fenómeno que el apoyo a Trump en Estados Unidos: a ambos lados del Atlántico los votantes se rebelan contra la misma política económica, opinaba Lawrence Summers. Para el *Financial Times*, «Trump y Brexit se alimentan de la misma cólera»<sup>2</sup>. La lección política pretendía reducirse a la inmigración: «El voto a favor del Brexit nos dio un mensaje muy claro, que no podemos permitir que la libertad de movimiento se mantenga como hasta ahora», declaró Theresa May diez días antes de sustituir a Cameron como primer ministro. Un coro de voces del Nuevo Laborismo se alzaron manifestando su acuerdo con esa tesis. Desde más a la izquierda, también Paul Mason parecía compartirla: «La libre circulación es cosa del pasado»<sup>3</sup>.

La inmigración fue un tema central en el referéndum y está fuera de duda que la globalización crea «ganadores y perdedores», como suele decirse. Sin embargo, la tesis de la globalización por sí sola es insuficiente como explicación. Por un lado, la «globalización» –o «apertura», como prefiere decir *The Economist*– blanquea la turbulencia trufada de

---

my political life», *The Guardian*, 24 de junio de 2016. «Voted to make foreigner-hunting legal»: James Meek, «Where Are We Now? Responses to the Referendum», *London Review of Books*, vol. 38, núm. 14, 14 de julio de 2016; en cuanto a Facebook, véase la contribución de T. J. Clark a la ronda sobre el referéndum en el mismo número. Respuestas continentales: Ipsos, «Brexit Consequences Poll», julio de 2016.

<sup>2</sup> Philip Stephens, «Brexit: a vote that changes everything», *Financial Times*, 24 de junio de 2016; «After the vote, chaos», *The Economist*, 25 de junio de 2016; «The new political divide», *The Economist*, 30 de julio de 2016; Lawrence Summers, «Voters deserve responsible nationalism not reflex globalism», *Financial Times*, 10 de julio de 2016; Gideon Rachman, «Trump and Brexit feed off the same anger», *Financial Times*, 1 de agosto de 2016.

<sup>3</sup> Theresa May, *Peston on Sunday*, ITV, 3 de julio de 2016; Paul Mason, «Britain is not a rainy, fascist island—here's my plan for ProgrExit», *The Guardian*, 25 de junio de 2016.

crisis del capitalismo contemporáneo; un referéndum que hubiera tenido lugar durante los años igualmente «abiertos» de la burbuja podría haber tenido un resultado diferente. Por otro, oculta importantes diferencias entre los modelos de crecimiento, por ejemplo, británico, alemán, polaco e italiano. También es sospechosamente autojustificativa: no se someten a escrutinio ni las decisiones de los líderes políticos de la UE ni el curso establecido por los gobernantes del Reino Unido, del mismo modo que en la versión estadounidense la calificación de «perdedores de la globalización» para los seguidores de Trump absuelve de toda crítica a la candidatura de Hillary Rodham Clinton. Analíticamente, la globalización es una representación inadecuada de la integración europea, que en algunos aspectos va en su contra: la UE supone una concentración *regional* de riqueza y poder que supera a la estadounidense en PIB y población, al tiempo que mantiene abierta la posibilidad de un mundo multipolar, en contraste con la «tierra plana» de la globalización unipolar, aun si es todavía un imperio complementario al de Washington. Por último, la tesis de la globalización olvida cómo fue configurado el referéndum sobre el Brexit por decisiones contingentes que respondían a una lógica partidista estrecha e interactuaban con polarizaciones sociales y económicas que se venían agravando en todo el continente europeo. Entre solipsismos y abstracciones globales, los instrumentos conceptuales de gama media pueden ser más útiles para una comprensión proporcionada de la votación en el Reino Unido y sus resultados, tanto para Gran Bretaña como para Europa; están en juego nacionalismos, clases, partidos políticos y relaciones interestatales.

### *Entonces y ahora*

Las posiciones de partido, las identidades nacionales y los conflictos de clase estaban constituidos y dispuestos de modo muy diferente cuando el país se unió a la Comunidad Económica Europea en 1973. La lucha de clases estaba en su apogeo, y los mineros militantes, los sindicalistas metalúrgicos y los trabajadores de los astilleros de Clydeside marcaban el carácter de la época, en un contexto de recesión e inflación. En Irlanda del Norte los soldados ingleses se enfrentaban al movimiento por los derechos civiles. Para el gobierno conservador de Heath, que se esforzaba por imponer controles salariales, la entrada en la CEE ofrecía una vía hacia la modernización liberal, una nueva perspectiva de futuro. Para los laboristas, que trataban de rehacerse de las consecuencias de su pésima experiencia de 1964-1970 en el gobierno, oponerse a la «venta

de saldo» a Bruselas era una opción fácil, aunque el gobierno de Wilson hubiera pretendido protagonizar su propia entrada en la década anterior. Analizando aquella coyuntura en un número especial de la *New Left Review*, Tom Nairn contrastaba la posición de Gran Bretaña como el enfermo de Europa con la modernización francesa impulsada por la inversión y el crecimiento industrial alemán. La excepción era el sector financiero del Reino Unido: al haber acaparado el negocio de las operaciones denominadas en dólares fuera de Estados Unidos, la City de Londres disfrutaba, como dijo entonces *The Economist*, de una «relación de gigante-pigmeo» en los mercados de capitales europeos, equiparándose su bolsa de valores a la de los seis miembros de la CEE juntos<sup>4</sup>.

Desde el punto de vista del contexto internacional, el catalizador para la entrada del Reino Unido fue la declaración de abandono del patrón dólar-oro por parte de Nixon; para Francia, líder estratégico de los Seis, el desplazamiento de Estados Unidos hacia el «nacionalismo económico» debía ser contrarrestado mediante una alternativa europea autónoma, a la que la City proporcionaría equilibrio. De Gaulle, con su implacable «no» a la entrada del Reino Unido, había muerto en 1970 y en mayo de 1971 Pompidou dio luz verde a Heath. Mientras los laboristas evocaban la amenaza a la soberanía parlamentaria británica, la conferencia del Partido Conservador «[...] –hacendados rurales, hombres de negocios retirados, coroneles autoritarios, señoronas de los Institutos de la Mujer ataviadas con sombreros floreados– aplaudía frenéticamente el “éxito” histórico de Heath en Bruselas»<sup>5</sup>. Para las elites inglesas, Europa parecía prometer no sólo una vía para salir de la decadencia económica y diplomática, sino también para escapar de la sensación claustrofóbica de «frustración y pequeñez» que agobiaba a la antigua clase imperialista. Pero Nairn argumentaba también que la izquierda británica se equivocaba al considerar a la Comunidad Europea «más capitalista» que su propia sociedad. Que la CEE era producto y sirvienta del sistema capitalista europeo no había ni que decirlo, pero debía ser tratada de la misma manera que, por ejemplo, la revolución agrícola o la industrialización: un aspecto del desarrollo capitalista con características contradictorias, unas más crueles y otras más progresivas, pero no como algo patológico del estilo del fascismo o del ultraimperialismo: «Sabemos que la CEE tiene como objetivo fortalecer el vigor y la posición mundial del

---

<sup>4</sup> Tom Nairn, «The Left against Europe?», *NLR* 1/75, septiembre- octubre de 1972, p. 25.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 34.

capitalismo europeo y sus clases dominantes. No sabemos si permitirá fortalecer también la posición y posibilidades reales de las clases trabajadoras europeas»<sup>6</sup>.

El contraste con 2016 es bastante evidente. La Europa de los Seis, con sus equilibrios culturales y económicos finamente calibrados, protegida por las «constricciones operativas» de la Guerra Fría, ha sido sustituida por una pirámide sesgada de veintisiete Estados altamente desiguales, con poderes muy asimétricos y con una política monetaria fijada externamente para la mayoría de ellos por un banco central que no rinde cuentas a los electores. El nivel de financiación asignado a Irlanda y a los Estados mediterráneos más pobres durante la década de 1980 se redujo notablemente cuando hubo que integrar a países antes pertenecientes al COMECON. En 2004 el salario medio polaco era sólo el 25 por 100 de los del Reino Unido, Alemania o Francia<sup>7</sup>. Los nervios transnacionales de la solidaridad de la clase trabajadora eran más fuertes en la década de 1930 –o incluso en la de 1860, en el momento de la Primera Internacional– que en la potente UE de 500 millones de habitantes. Por otra parte, la afirmación de que bajo el blindaje de la OTAN «la CEE mantenía la paz en Europa» quedaba muy matizada no sólo por su continua historia de guerras coloniales y de ocupación militar (Gran Bretaña en Irlanda, Francia en Argelia, Turquía en Chipre, las cuatro potencias en Alemania) y su papel activo en el sangriento desmembramiento de Yugoslavia, sino por el desempeñado por las intromisiones y armas europeas en el creciente arco de devastación que ahora la rodea: Ucrania, los Balcanes, el sudeste de Turquía, Mesopotamia, Yemen, Libia, Malí y una amplia franja del Sahel.

Por debajo de las instituciones generales de la UE, los modelos de crecimiento fijados a escala nacional han empeorado sus desequilibrios. Frente a la creciente competencia china, Alemania lucha por conservar su sector exportador industrial de gama alta a expensas del aumento de los salarios y del consumo interno, mientras que las empresas manufactureras italianas, más pequeñas, se debaten por mantenerse a flote. España, Grecia e Irlanda dependían de la expansión impulsada por el crédito y los antiguos países del COMECON de la oferta de una cuenca de mano de obra barata y no sindicalizada y de controles ambientales laxos. En cuanto al Reino Unido, una vez que el thatcherismo y la recesión

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 17, 78, 80, 109-111.

<sup>7</sup> Joachim Becker, «Europe's Other Periphery», *NLR* 99, mayo-junio de 2016, p. 53; ed. cast.: «La otra periferia de Europa», *NLR* 99, julio-agosto de 2016.

hubieron destrozado sus sindicatos, cerrado sus minas y astilleros y desmantelado su industria pesada, la atención se concentró en fomentar su comercio exterior de servicios financieros y empresariales para atender a la burbuja de la globalización. La participación laboral femenina, más alta que la media en el creciente sector de los servicios, aumentaba la demanda de mano de obra poco cualificada y barata, satisfecha por trabajadores del subcontinente indio y a partir de 2004 de Europa del Este. Como premio especial para los países de la «Nueva Europa» que apoyaron la invasión de Iraq, Blair ofreció acceso inmediato a los puestos de trabajo en el Reino Unido, desbordando los acuerdos para una fase transitoria más lenta. Cuando los salarios medios comenzaron a estancarse poco más o menos al mismo tiempo, mientras que los ingresos más altos y el precio de la vivienda seguían subiendo, el consumo interno se apuntaló mediante préstamos familiares y créditos fiscales.

Tras la crisis esas desigualdades se han agudizado. Desde 2010 la libra esterlina se ha convertido en un refugio para los capitales que huían de la crisis de deuda del euro. Londres era un faro de crecimiento de baja potencia en medio de la penumbra recesiva de la eurozona; su mercado laboral desregulado ofrecía contratos abundantes sin especificar o de hora cero y turnos antisociales a las masas anhelantes del continente. Los salarios británicos se debilitaron aún más, los ingresos reales cayeron más del 10 por 100 entre 2007 y 2015, en una caída sólo comparable a la de Grecia<sup>8</sup>. Los bajos tipos de interés ayudaron a salir del paso a las familias endeudadas, pero los beneficios de la flexibilización cuantitativa y el auge de los precios de los activos se limitaron al sudeste del país. A partir de 2010 las medidas de austeridad de la Coalición –profundos recortes en el gasto público, los créditos fiscales, la vivienda y la invalidez– repercutieron de manera desproporcionada en las antiguas zonas industriales y ciudades costeras en decadencia, en los inquilinos que vivían en barrios de renta alta y en las familias trabajadoras con hijos dependientes<sup>9</sup>. En 2016 había, pues, causas suficientes para un voto de protesta.

---

<sup>8</sup> «UK workers experience sharpest wage fall of any leading economy, TUC analysis finds», TUC, 27 de julio de 2016. Para los menores de treinta años, la caída fue del 12 por 100: Laura Gardiner, «Stagnation Generation», Resolution Foundation, julio de 2016, p. 11.

<sup>9</sup> Christina Beatty y Steve Fothergill, «The Uneven Impact of Welfare Reform: The Financial Losses to Places and People», CRESR, Sheffield Hallam University, marzo de 2016.

Sin embargo, los problemas del Reino Unido eran sólo una parte de las muchas tensiones surgidas en la UE; aunque el desempleo de dos dígitos, el debilitamiento de las empresas familiares, el castigo a los políticos y los partidos gobernantes, etcétera, solapados ahora con la llegada de refugiados de las zonas de guerra en Oriente Próximo que las potencias occidentales habían venido atizando durante décadas, eran posiblemente más graves en la eurozona, para que se produjera el voto a favor del la salida del Reino Unido de la Unión Europea se requerían tres factores adicionales. En primer lugar, el cambio en la percepción del valor, según el partido o la política, de la pertenencia a la Unión Europea: los laboristas se complacían ahora con Europa, mientras que una importante fracción conservadora la denostaba. En segundo lugar, las incómodas relaciones del gobierno de Londres con otras potencias europeas. Y en tercer lugar, la politización vacilante, desigual de un electorado hasta ahora pasivo, bajo la presión de un desarrollo cada vez más asimétrico.

### *Un paso atrás*

El entusiasmo conservador con respecto a Europa que Nairn había observado en la década de 1970 se enfrió con Thatcher, dejando a su partido profundamente dividido sobre el tema. Nairn había predicho que, una vez dentro, la larga historia de vacilaciones y tibieza del Reino Unido se invertiría. La lógica de la entrada indicaba que el único camino válido era una *fuite en avant*, consistente en un impetuoso asalto del nuevo territorio por el capital de la City, que posicionaría a Londres como el «polo de crecimiento financiero» de Europa. *The Economist* estaba de acuerdo, tranquilizando a los corazones débiles con la idea de que «en el momento en que la unión monetaria se ponga en marcha, Gran Bretaña estará dentro; al tener el centro financiero más fuerte, tendrá también una voz predominante en lo que haya que hacer»<sup>10</sup>. En cuanto a los «derechos» para el capital financiero dentro de Europa, esto era correcto. Pero el espíritu burocrático-diplomático de la UE era anatema para la forma de pensar thatcherista forjada por la Escuela de Chicago. Como recién llegado, el Reino Unido nunca se sentiría tan a gusto con los protocolos y prácticas europeos como los seis miembros fundadores, que habían construido las normas de la Comunidad y su *modus operandi* a lo largo de muchos años como un reflejo combinado y negociado de sus propios intereses y culturas políticas. Los recién llegados se enfrentaron a

---

<sup>10</sup>T. Nairn, «The Left against Europe?», cit., pp. 24-26.

una estructura ya construida a la que tenían que adaptarse, encontrando cada uno su propio nicho en la configuración vigente. Irlanda, que se incorporó al mismo tiempo que el Reino Unido, se esforzó inmediatamente en establecer una identidad como entusiasta Estado miembro<sup>11</sup>. Dinamarca, que también se unió en 1973, era un miembro más quisquilloso; el país se partió por la mitad sobre la cuestión de Europa, encabezando la izquierda la oposición que denunciaba su distancia con respecto a las tradiciones escandinavas de solidaridad social. Los daneses celebraron ocho referendos sobre la UE, apartándose voluntariamente de su política monetaria y de defensa.

El caso del Reino Unido volvía a ser diferente. Aquí el argumento a favor de Europa siempre se había planteado en términos británico-nacionalistas, bajo la consigna de la «influencia británica», o como decía *The Economist*, de su «voz predominante». La realidad era más incómoda, como demostraron Italia, Francia y Alemania aventajando a los representantes de Londres. La Gran Bretaña posimperial, siempre consciente de su condición histórica como gran potencia en ultramar que había dictado en otro tiempo sus condiciones a cada una de las demás, se esforzó por incorporarse a un proyecto que nunca pudo dominar en su totalidad. Aunque Thatcher podía proclamar con orgullo que estaba construyendo la «Europa de la libre empresa» de los flujos de capital, bienes y trabajo previstos por el Acta Única Europea de 1986, temía ser superada en las negociaciones por los astutos continentales. Mientras tanto los laboristas seguían tardíamente los pasos de otros partidos de izquierda que habían entendido inicialmente el Mercado Común como un proyecto de la Guerra Fría o un «sindicato patronal», pero que poco a poco habían llegado a convencerse del proyecto: el Partido Comunista Italiano desde mediados de la década de 1960 y los partidos socialdemócratas activos tras la caída de las dictaduras de Grecia, España y Portugal durante la siguiente. En Gran Bretaña, después de las tremendas derrotas de la década de 1980, los líderes sindicales declararon que el Capítulo Social propuesto por la Comisión Europea –un gesto mínimo destinado a endulzar el libre mercado consagrado por el Acta Única Europea– era «el único juego posible». Un desconcertado Jacques Delors fue recibido con un emotivo coro que le cantaba *Frère Jacques* cuando lo presentó a

---

<sup>11</sup> Aunque la puntilliosidad legal del Tribunal Supremo irlandés introdujo inadvertidamente una espina permanente en el costado de Bruselas al sentenciar en 1987 que todos los cambios en los tratados europeos debían ser ratificados por un referéndum en Irlanda.

la conferencia del Trade Union Congress (TUC) en 1988. En cuestión de días Thatcher devolvió el golpe en un discurso pronunciado en Brujas: «No hemos replegado con éxito las fronteras del Estado en Gran Bretaña sólo para verlas volver a imponerse a escala europea, desde un super Estado europeo, ejerciendo un nuevo dominio desde Bruselas».

Dentro del gobierno conservador estallaron nuevas divisiones sobre las iniciativas en pro de una mayor integración europea acometidas como respuesta a la caída del muro de Berlín. Thatcher, que había aceptado en principio la unión monetaria, se sintió engañada cuando le expusieron en Roma en 1990 un calendario para su puesta en práctica que contaba con el apoyo de los otros once. Denunció airadamente a los demás líderes europeos en una conferencia de prensa, prosiguiendo el ataque desde la seguridad de la Cámara de los Comunes. Dos semanas después su ex ministro de Exteriores, Geoffrey Howe, dirigió la contraofensiva. Howe se basó en el precedente británico-nacionalista puesto en práctica por Macmillan en 1962. Era esencial para el Reino Unido «situarnos y mantenernos dentro de la CE [...]. No separarnos de las realidades del poder; no retirarnos a un gueto de sentimentalismo sobre nuestro pasado y disminuir así nuestro control sobre nuestro propio destino en el futuro». La actitud de Thatcher suponía «graves riesgos para el futuro de nuestra nación [...] minimizando nuestra influencia» al permitir que otros establecieran las reglas y distribuyeran el poder «para desventaja nuestra»<sup>12</sup>. Pocas semanas después Thatcher abandonaba llorosa Downing Street.

Los partidarios de Thatcher en la Cámara de los Comunes iban a acosar sin descanso a su sucesor, John Major, mientras trataba de llevar al país a la Unión Monetaria. Los «rebeldes de Maastricht» se equivocaban al llamar a la nueva UE un «super Estado federal» —el BCE carecía notoriamente de un marco fiscal, por no hablar del social—, pero acertaban al decir que era una entidad política completamente diferente a la CEE a la que el Reino Unido había decidido unirse. Kohl y Mitterrand lo habían anunciado en abril de 1990: era el momento de «transformar la totalidad de las relaciones entre los Estados miembros de la Unión Europea». El Tratado de Maastricht puso inevitablemente sobre la mesa la cuestión del consentimiento de los electores a este nuevo curso. Se celebraron referendos en Italia, Irlanda, Dinamarca (dos veces) y Francia, donde el Tratado fue aprobado casi de milagro con un 1 por 100 de ventaja; la

---

<sup>12</sup> «Personal Statement of Sir Geoffrey Howe», *Hansard*, 13 de noviembre de 1990, col. 461-65.

izquierda francesa se había opuesto a él como un manifiesto neoliberal, mientras que el *Rassemblement pour la République* de centro-derecha se dividía al respecto por razones soberanistas neogaullistas. En el Reino Unido el gobierno de Major se curó en salud, se negó a considerar un plebiscito sobre Maastricht y siguió intentando tratar a la UE como una cuestión exterior, como durante las décadas de 1960 y 1970, a pesar de que el proceso legislativo de Bruselas en torno a la Comisión Europea, el Consejo y el Parlamento generaba ahora un flujo constante de reglamentos y directivas que debían incorporarse a la legislación nacional de los Estados miembros.

Blair mantuvo ese mismo enfoque: su eslogan «Fuertes en Europa, fuertes con América» era un lema de política exterior, una prolongación de la línea de Howe. Vacilaba sobre la celebración de un referéndum en 2005 sobre el Tratado Constitucional, junto a los plebiscitos que debían tener lugar en Francia, Irlanda, Dinamarca, Luxemburgo, los Países Bajos, España y Portugal, y renegó de su compromiso de someter a votación el Tratado de Lisboa de 2007. La ausencia de una crítica de izquierda bien fundamentada de la dirección de la Unión estaba también llevando los debates británicos sobre el Tratado de Maastricht y subsiguientes lejos de los de los países vecinos: no había ningún equivalente británico al papel jugado en Francia por el PCF, la extrema izquierda y ATTAC, en Irlanda por el Sinn Féin, o en los Países Bajos por el Partido Socialista post-maoísta. En comparación, las voces europeístas críticas de la izquierda en Gran Bretaña eran pocas y distantes entre sí, sin ningún partido o respaldo institucional<sup>13</sup>.

La persistente negativa de Westminster a efectuar una consulta popular sobre los sucesivos tratados sólo sirvió para radicalizar a los rebeldes frente a Maastricht, que seguían siendo una fuerza a tener en cuenta en las asociaciones conservadoras locales. Estaban flanqueados por su derecha por una abigarrada serie de grupos euroescépticos, que contaban con el apoyo de financieros heterodoxos, que al principio pedían, como el efímero Partido del Referéndum de James Goldsmith, un plebiscito sobre la dirección de la Unión Europea. Más tarde se endureció la posición con el Partido por la Independencia del Reino Unido, que ya hablaba de «dentro o fuera». Sin embargo, durante el apogeo de la expansión económica los euroescépticos apenas ganaron algo de atractivo; a lo

---

<sup>13</sup> Una excepción fue el profético «Maastricht and All That» de Wynne Godley *London Review of Books*, vol. 14, núm. 19, 8 de octubre de 1992.

sumo, parecían un obstáculo para el éxito electoral. Cameron obtuvo el liderazgo conservador en 2006 con la promesa de blairizar el partido y la advertencia de «dejar de machacar con respecto a Europa». Al mismo tiempo, el cambio de apreciación de la UE como una cuestión externa comenzó a adquirir una base *post factum* a partir de 2001, con la aparición de la eurozona como una formación distinta dentro de la entidad política mayor, a la que el Reino Unido no se unió: los comerciantes en divisas de la City preferían mantener la libra esterlina como una cobertura opcional en los mercados de divisas. Estar en la UE pero fuera del euro fue la posición adoptada con agrado como «lo mejor de ambos mundos» por los ideólogos locales.

### *Catalizadores*

Esas coordenadas se modificaron a raíz de la crisis financiera. El Nuevo Laborismo de Brown fue desalojado del poder en 2010, pero, incluso en tales condiciones óptimas, los conservadores de Cameron no lograron obtener una mayoría absoluta. La derecha *tory* se sintió aún más agraviada por el acuerdo de coalición de Cameron con los liberaldemócratas, firmado sin apenas consultas, contra los deseos de los conservadores que preferían un gobierno minoritario y nuevas elecciones. En cambio, los demócratas liberales ocuparon jugosos cargos ministeriales, mientras que un gabinete restringido –Cameron, Osborne, Clegg y Alexander– tomaba todas las decisiones clave. Al otro lado del Canal, la crisis de la eurozona alcanzó su clímax a finales de 2011 y Merkel convocó una reunión de emergencia del Consejo de Europa para imponer el pacto fiscal. El efecto fue galvanizar a los conservadores euroescépticos contra los nuevos poderes del «super Estado», induciendo a Cameron a utilizar debidamente su veto<sup>14</sup>. En el Reino Unido, la dura recesión, agudizada por los austeros presupuestos de Osborne, había erosionado el frágil apoyo electoral de los conservadores. Con más de 2,5 millones de parados y el Partido Laborista todavía en desgracia por la crisis financiera e Iraq, el UKIP emergió como el único receptor posible de un voto de protesta. En 2010 el UKIP apenas había raspado el 3 por 100; tres años más tarde alcanzó el 22 por 100 en las elecciones locales<sup>15</sup>. Los parlamentarios conservadores en escaños marginales comenzaron a temer por su futuro.

<sup>14</sup> David Charter, *Au Revoir, Europe: What If Britain Left the EU?*, Londres, 2013.

<sup>15</sup> En las elecciones locales de mayo de 2013, los laboristas obtuvieron el 29 por 100 de los votos, los conservadores el 25 por 100 y el UKIP el 23 por 100, con los demócratas liberales cayendo al 14 por 100.

En octubre de 2012 un memorándum interno advirtió a Cameron que el éxito en las elecciones de 2015 dependería de recuperar tres grupos de votantes. Para los dos primeros –los «calculadores ansiosos», que constituían el 18 por 100 del voto potencialmente conservador, y el «centro en juego», que supone otro 11 por 100–, los temas principales eran el coste de la vida y el National Health Service (NHS); pocos mencionaban a los inmigrantes y menos aún la UE, que regularmente aparecía entre las últimas de las preocupaciones de los votantes. El tercer grupo era el de los «conservadores descontentos», un bloque que representaba el 14 por 100, en su mayoría votantes de edad, para quienes la inmigración y la UE eran cuestiones más destacadas y que, ahora, se estaban desplazando hacia el UKIP en una proporción suficientemente grande como para permitir a los laboristas hacerse con distritos marginales<sup>16</sup>. Aunque sólo eran una pequeña fracción de la población, podían resultar electoralmente vitales. La promesa de Cameron en enero de 2013 de celebrar un referéndum sobre la permanencia en la UE en 2017 –que iba más allá de la demanda de la derecha *tory* de una consulta sobre el tratado de la UE, para conceder el último deseo del UKIP–, era una táctica electoral a corto plazo para asegurar el voto de los «conservadores descontentos» y descabalar finalmente a su oposición interna en el partido, ya que los sondeos sugerían que si alguna vez se llegaba a un referéndum, la mayoría votaría a favor de la seguridad del *statu quo*.

La confianza despreocupada de Cameron –sin proponer siquiera un quórum mínimo o una supermayoría en el plebiscito– se ha explicado en términos de soberbia de clase. Pero no todos los hijos de la alta burguesía deciden a la edad de dieciséis años que van a ser primer ministro y en el caso de hacerlo, ponen tan poco esfuerzo en conseguirlo. «¿Alguien creía que sería difícil?», bromeó displicente a un amigo en vísperas de entrar a vivir en el Número 10 de Downing Street<sup>17</sup>. A Cameron le gusta relajarse jugando al Fruit Ninja en su iPad o desconectar rodeado de cajas de DVD. Sus ayudantes señalaban a Osborne como el director político informal de Downing Street; en sus reuniones matutinas, el primer ministro

---

<sup>16</sup> Philip Cowley y Dennis Kavanagh, *The British General Election of 2015*, Londres, 2016, pp. 59-60.

<sup>17</sup> Tim Shipman, «A nod and a wink here, finger-jabbing there, this rebellion is a mess of the Prime Minister's making», *Daily Mail*, 11 de julio de 2012.

solía esperar a que fuera él el primero en hablar. Dependía en cuanto a asesoramiento y amistad de empleados de Murdoch como Andy Coulson y Rebekah Brooks, cuyas relaciones los situaron en el lugar apropiado para el espionaje telefónico y la perversión de la justicia. Su oficina era abiertamente cínica sobre temas como «la gran sociedad» o «todos vamos juntos en esto». Después de una sesión de fotos en el Ártico, con sus perros de tiro y todo, Cameron habló despectivamente de «quitarse de encima todas estas chorradas verdes»<sup>18</sup>. Pero en cuanto a la consulta sobre la UE, su negligencia no era simplemente una característica personal o sociológica; representaba una despreocupación más amplia entre los grupos dirigentes que habían funcionado durante tanto tiempo en el vacío apático y la desmoralización de los votantes, que no eran capaces de captar la lenta politización, todavía incipiente, que había tenido lugar tras la crisis financiera.

Ésta tenía como telón de fondo la intensificación de la lucha política en la propia UE durante la crisis de la eurozona: el Movimiento de las Plazas y el ascenso de Syriza y Podemos. En el Reino Unido, las primeras manifestaciones se produjeron en Escocia, impulsadas por grupos locales animados por los debates sobre el referéndum de independencia de 2014. Allí tenía una coloración generalmente socialdemócrata, oponiendo la cultura política modestamente más igualitaria que se había mantenido al norte del Tweed, bajo los auspicios del Parlamento escocés, a la drástica política de clase que emanaba de Westminster: rescates para los banqueros, austeridad para el resto. Las movilizaciones de 2015 en torno a la candidatura de Corbyn para la dirección laborista que cristalizaron en Momentum tenían un carácter similar. El aumento del apoyo al UKIP a partir de 2013 tuvo un tono mucho más conservador y no se articuló en la misma medida en reuniones y debates locales; era un fenómeno más amplio, aunque más superficial. En las elecciones de 2015 el desarrollo regional desigual quedó subrayado por resultados diferentes en cada una de las subnaciones del Reino Unido. Los conservadores ganaron por la mínima en Inglaterra, los laboristas en Gales, el Democratic Union Party en Irlanda del Norte, y el Scottish National Party obtuvo una gran victoria en Escocia, sin que ningún partido tuviera un gran respaldo en todo el Reino Unido. Cameron y Osborne, de vuelta en su cargo en mayo de 2015 con una

---

<sup>18</sup> Ph. Cowley y D. Kavanagh, *British General Election of 2015*, cit., p. 57.

mayoría de sólo doce parlamentarios, planearon quitarse de enmedio rápidamente el referéndum sobre la UE.

### *A favor y en contra*

La campaña a favor de la permanencia en la Unión Europea [*Remain/Permanecer*] descansó sobre las espaldas de Cameron. El plan era, en primer lugar, «apuntar» a la inmigración, tomando las riendas de la situación. La palabra clave era «control»: «un país fuerte es aquél que controla la inmigración»<sup>19</sup>. En discursos muy reiterados, Cameron se jactó de que Gran Bretaña tendría «el sistema más estricto de la UE para impedir el abuso de la libre circulación»: una política de «expulsar primero, apelar más adelante». Se precisó el léxico: «implacable campaña», «reprimir», «medidas drásticas», «erradicar», «ilegal», «delincuencia» y, una y otra vez, «control»<sup>20</sup>. Al igual que Thatcher con su devolución de impuestos de 1984, Cameron pretendía demostrar lo duro y autoritario que podía ser retorciendo las concesiones del Consejo Europeo sobre la libre circulación de mano de obra. A continuación iba a encabezar una campaña tripartita, «Stronger In» [Más fuertes dentro], respaldada por los grandes y buenos amigos internacionales, argumentando que el Brexit suponía «un riesgo que no vale la pena correr» de caos económico, y recordando a los votantes la influencia de la que el Reino Unido disfrutaba gracias a su papel en la UE, combinando así el enfoque tradicional británico-nacionalista con las tácticas del Proyecto Miedo que había funcionado tan bien en Escocia. «Se tratará del empleo y la economía y ni siquiera estará cerca», comentaba un aliado del gabinete<sup>21</sup>.

En febrero de 2016 todo esto comenzó a desmoronarse. Una carta de Donald Tusk, presidente del Consejo Europeo, vertiendo agua fría sobre las negociaciones con respecto al trato especial que pretendía Cameron, fue recogida por los viejos amigos de este último en el *Sun*: «¿A quién cree la UE que usted le está tomando el pelo,

<sup>19</sup> Discurso del primer ministro sobre la inmigración del 21 de mayo de 2015. Para datos más detallados sobre la inmigración, véase Ph. Cowley y D. Kavanagh, *British General Election of 2015*, cit., p. 64.

<sup>20</sup> Discurso del primer ministro sobre la inmigración del 21 de mayo de 2015.

<sup>21</sup> Rafael Behr, «How Remain failed: the inside story of a doomed campaign», *The Guardian*, 5 de julio de 2016.

Mr. Cameron?»). Tres semanas más tarde Boris Johnson, el único *tory* destacado con un importante respaldo popular, anunció que se unía a la campaña a favor de la salida de la Unión Europea. En lugar de una campaña tripartidista, la contienda parecía ahora polarizada entre diferentes facciones conservadoras. El cerebro estratégico de la campaña a favor de la salida de la Unión Europea era Dominic Cummings, un inteligente asesor independiente de Michael Gove cuando era ministro de Educación en la sombra y luego real. Cuando todavía rondaba la treintena, Cummings había sido el director de 1999 a 2002 de un grupo de presión llamado Business for Sterling, cuyo lema era «Europa sí, euro no», que pretendía disuadir al gobierno de Blair de unirse a la moneda única. Estudioso de las campañas bolcheviques y admirador de su «Tierra, paz y pan», fue él quien acuñó la idea del «Vote Leave. Take Back Control» [Vota por la salida. Retomemos el control] como lema del Brexit, escamoteando a Cameron el muy trillado tema del «control» y transformándolo en una oferta renovada de soberanía democrática para los votantes<sup>22</sup>. Cummings no mantuvo ninguna relación con el grupo Leave.UK del UKIP, se negó a aprobar los anuncios contra la inmigración, que en su opinión alejarían a las mismas personas a las que pretendía convencer de votar por la salida de la UE, y envió a los hogares un mensaje redistributivo: «Enviamos a la UE 350 millones de libras a la semana. Financiamos en su lugar nuestro National Health Service».

El lema del NHS sirvió para engalanar el gran autobús rojo de campaña, que pedía el voto por la salida y aparecía cada noche en los noticiarios de televisión. Su infantería era escasa sobre el terreno; la campaña sólo contaba con 45.000 voluntarios en su base de datos, dos tercios de ellos conservadores y el resto votantes del UKIP, principalmente en el norte. La campaña consistió principalmente en las apariciones de Boris Johnson bajando del autobús de batalla para participar en animados encuentros caóticos con los votantes de provincias. Esto producía buen material grabado, que con gran enojo de los organizadores de Permanecer conseguía igual tratamiento en las noticias de la noche que las armas pesadas desplegadas por *Britain Stronger in Europe*. El eslogan de los 350 millones

---

<sup>22</sup> «The Out campaign: an interview with Dominic Cummings», Bagehot blog, *The Economist*, 21 de enero de 2016. Véase también Andrew Gimson, «A profile of Dominic Cummings, friend of Gove and enemy of Clegg», página web *Conservative Home*, mayo de 2014.

de libras para el NHS los enfureció particularmente y, tal como explicaba uno de sus estrategias, «no quiero entrar en una discusión con ellos en la televisión sobre si la cifra correcta es de 350, 170 o 210 millones de libras, porque todas esas cifras suenan enormes»<sup>23</sup>. Como resultado, la campaña de Permanecer se redujo a poco más que el fanfarroneo sobre «los Abandonistas mienten».

Sin embargo –y éste fue el segundo problema de la campaña a favor de la permanencia–, intimidando como Clinton y Obama, que animaban a los británicos a tener una visión más optimista de la historia, sólo conseguían alejar a los electores, dando un nuevo impulso al voto de protesta. La escalada de advertencias del FMI, la OCDE, Soros, el gobernador del Banco de Inglaterra y una variedad de directores ejecutivos de las cien empresas del Financial Times Stock Exchange (FTSE) tuvieron el mismo efecto. Una semana antes del referéndum, Osborne, con el ex canciller Alistair Darling del Nuevo Laborismo a su lado, amenazó con que se vería obligado a imponer un «presupuesto de castigo» en caso de que ganara el Brexit, subiendo los impuestos sobre la renta, el alcohol y los precios del petróleo y reduciendo los fondos para los hospitales y escuelas. Esto sólo sirvió para detonar una reacción contra un *establishment* arrogante. Como recordaba amargamente uno de los suyos, la camarilla de los líderes del Nuevo Laborismo, los Liberal Demócratas y los líderes conservadores reunidos bajo el estandarte de Más Fuertes Dentro convertía al referéndum en una oportunidad única ofrecida a los votantes para castigar a toda una generación de políticos, independientemente del partido al que pertenecieran<sup>24</sup>.

El dirigente del UKIP Nigel Farage, una figura achispada y polichinesca, eclipsado por Johnson y Vote Leave (la organización que lideró la campaña a favor de la salida de la UE), organizó una campaña mínima bajo los auspicios de Leave.UK, financiada por el millonario corredor de seguros y comerciante en diamantes de origen sudafricano Arron Banks, y que desarrolló los mismos temas que Vote Leave, pero con un tono más sombrío. Banks contrató a la empresa Goddard Gunster, con sede en

---

<sup>23</sup> Andrew Cooper hablando sobre «Brexit: the inside story of how the Leave campaign won», *Newsnight*, programa de la BBC, 24 de julio de 2016. La cifra real, después de la reducción británica de impuestos que incluye los desembolsos de la UE al Reino Unido, suma alrededor de 8,5 millardos de libras anuales, esto es, 163 millones a la semana; el chocolate del loro para un Estado cuyo presupuesto anual es de 772 millardos de libras.

<sup>24</sup> R. Behr, «How Remain failed: the inside story of a doomed campaign», cit.

Washington DC, que en otro tiempo había organizado las campañas de Yeltsin, Jimmy Carter, Bruce Babbitt y Jesse Jackson, y que aseguraba contar con un millón de seguidores en las redes para sus videos en línea preguntando, por ejemplo, sobre una música lúgubre: «¿Está usted preocupado por la cantidad de delitos que están cometiendo en el Reino Unido delincuentes extranjeros?»; y, luego, pasando a un tono más optimista: «¿No es hora de retomar el control?»<sup>25</sup>. Una semana antes del referéndum, Farage añadió a esto un cartel alarmante con una fotografía de los refugiados de Oriente Próximo, que hacían cola en un campo de Eslovenia, tomada en el verano de 2015, bajo el título «Breaking Point»<sup>26</sup>. La presentación del cartel coincidió con el asesinato de una parlamentaria laborista por un perturbado mental perteneciente a un grupúsculo de extrema derecha, que ensombreció los últimos días de la campaña.

Corbyn, por su parte, se negó a unirse a la campaña tripartita Más Fuertes Dentro y viajó por todo el país presentando sus argumentos para permanecer en Europa «con el fin de poder trabajar con otros para lograr una mayor justicia social en todo el continente», siendo el único líder de un partido en el Reino Unido que trató de presentarse como europeísta y no como un británico-nacionalista. Problemas como la inseguridad, la falta de empleo decente, el alto coste de la vida, el desigual desarrollo regional, la desregulación del sistema bancario y el mercado laboral eran culpa de los gobiernos del Reino Unido, sostenía Corbyn, no de los trabajadores inmigrantes o de la UE. Era en Gran Bretaña donde florecían los contratos de hora cero o disponibilidad inmediata y donde la proporción de la riqueza en manos de los trabajadores se había derrumbado. Los inmigrantes no estaban empujando a la baja los salarios; eran los patronos sin escrúpulos quienes lo hacían, porque el gobierno se lo permitía. En lugar de elevar fronteras, Gran Bretaña debía introducir un Fondo de Impacto para Inmigrantes para inyectar dinero adicional en las áreas locales donde la migración a gran escala ejercía una gran presión sobre los servicios, las escuelas, los consultorios médicos públicos y la vivienda<sup>27</sup>.

---

<sup>25</sup> Robert Booth, «Look into my eyes: Leave.EU campaign consulted TV hypnotist», *The Guardian*, 1 de julio de 2016.

<sup>26</sup> Farage, totalmente oportunista sobre esta cuestión, había presionado a Cameron el año anterior para que permitiera la entrada a los refugiados sirios y nunca ha dejado de señalar que su esposa alemana era una «inmigrante de la UE».

<sup>27</sup> Jeremy Corbyn, «Don't blame migrants or the EU for Britain's problems», discurso en Sheffield, 16 de junio de 2016; ; «Corbyn: EU has got to change dramatically», emisión de «EU: In or Out?», *Sky News*, 20 de junio de 2016, en la que Corbyn respondió a las preguntas de un grupo de jóvenes de 18-35 años de edad.

En cuanto a la crisis de los refugiados, Corbyn argumentó que las guerras provocadas principalmente por potencias occidentales durante las dos últimas décadas habían causado más personas desplazadas y en riesgo que en cualquier otro momento de la historia registrada. El problema no se resolvería con alambre de espino, vigilancia y gases lacrimógenos, sino mediante una respuesta humanitaria a gran escala, en la que todos los gobiernos de la UE debían desempeñar su papel, y mediante soluciones políticas en Siria, Libia y otros lugares. Todo esto significaba que la UE debía cambiar drásticamente para empezar a ser algo mucho más democrático y responsable, poniendo fin a la austeridad, compartiendo la riqueza y mejorando las condiciones de trabajo en todo el continente. Al argumento de que las normas de la UE sobre la competencia y contra las subvenciones ponían trabas a las ayudas del Estado e impedían la propiedad pública, respondió que los gobiernos nacionales tenían que ser más firmes en estos asuntos: «Cuando el gobierno francés decide lo que quiere hacer con su política agrícola, lo hace, y el resto de Europa lo acepta». Contra la afirmación de la campaña Stronger In's de que abandonar la UE supondría una exclusión dañina de la Asociación de Comercio e Inversión Transatlántica [TTIP], Corbyn abogó por oponerse a ella, entendiéndola como un tratado para conceder «soberanía de voto a las corporaciones globales contra los gobiernos democráticos»; sin embargo, teniendo en cuenta que más del 50 por 100 del comercio del Reino Unido se realiza con Europa, el Brexit sería demasiado costoso en términos de inversión y empleo<sup>28</sup>. Esta línea pacientemente reiterada fue recibida con incesantes –y autodestructivas– burlas por el resto de la campaña a favor de la permanencia, que afirmaba que Corbyn no hacía más que criticar a la UE.

En forma menos crítica, «permanecer y reformar» fue también el mensaje de los Verdes, aunque al igual que los demás partidos, también se dividieron sobre la cuestión del referéndum<sup>29</sup>. La izquierda –una sombra de lo que en otro tiempo eran antiguos cuadros de extrema izquierda, intelectuales marxistizantes, militantes sindicales, activistas de la izquierda laborista y de los antiguos entornos antiglobalización–,

---

<sup>28</sup> «EU: In or Out?», *Sky News*.

<sup>29</sup> Caroline Lucas, la única parlamentaria verde, se unió a la junta directiva de Fuertes Dentro, mientras que Jenny Jones, antigua candidata verde a la alcaldía de Londres, argumentó que el trato de la UE a Grecia y la aprobación provisional por el Parlamento del TTIP mostraban que se había convertido en un obstáculo para los objetivos verdes: Jenny Jones, «Something rotten in the state of Europe», *The Ecologist*, 13 de julio de 2015.

también apareció dividida, principalmente a lo largo de líneas generacionales. El referéndum Brexit se convocó justo cuando la crisis de la eurozona estaba poniendo a prueba la fórmula «no peor» de Tom Nairn. Las oportunidades vitales de amplios sectores de la población se estaban viendo hipotecadas por un experimento monetario mal concebido bajo la dirección autocrática del nexo Berlín-Frankfurt-Bruselas. No podía haber ninguna ilusión respecto al posnacionalismo sin fricciones después del castigo deliberadamente humillante impuesto a Grecia, ni complacencia sobre la libre circulación entre los países miembros de la Unión Europea, cuando gente de piel oscura estaba desembarcando extenuada en sus costas meridionales. La salida de la Unión no había estado nunca en la agenda de la izquierda. La cuestión acuciante en Europa era cómo escapar del sistema de la moneda única, no de la UE<sup>30</sup>, y dado que Gran Bretaña no estaba sometida a las reglas del BCE, el voto en contra sería esencialmente simbólico. Sin embargo, podía suponer la «conmoción saludable»<sup>31</sup> de una protesta popular contra los dirigentes de la UE, así como contra Cameron y el *establishment* británico, mientras que un voto para permanecer funcionaría como un respaldo a la gestión de la crisis de la eurozona, así como al *statu quo* de Westminster.

Frente a esto, la izquierda se tomó la cuestión de la permanencia en la UE como un mal menor: la campaña a favor del abandono estaba siendo dirigida por la extrema derecha, que había culpado con éxito a los inmigrantes del deterioro del nivel de vida con el fin de empujar a Cameron a convocar el referéndum. Serían esas mismas fuerzas las que tendrían la última palabra en un gobierno del Brexit<sup>32</sup>. Como en el caso del abandono de la UE para la derecha, la izquierda entendió desde el lado opuesto que el tema central de la permanencia era la inmigración, haciendo hincapié con razón en que la oposición al racismo y la xenofobia no era negociable. Aunque hubo posiciones duras en cada extremo del espectro –Lexit para los abandonistas, Otra Europa es Posible para Permanecer–, en la

---

<sup>30</sup> Para las alternativas de izquierda al euro, véase Michel Aglietta, «The European Vortex», *NLR* 75, mayo-junio de 2012 [en cast.: «El vórtice europeo», julio-agosto de 2012]; Jacques Mazier y Pascal Petit, «In search of sustainable paths for the Eurozone in the troubled post-2008 world», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 37, núm. 3, mayo de 2013; Heiner Fassbeck y Costas Lapavitsas, *Against the Troika: Crisis and Austerity in the Eurozone*, Londres y Nueva York, 2015.

<sup>31</sup> Chantal Mouffe, «Le Brexit peut constituer un choc salutaire», *Mediapart*, 25 de junio de 2016.

<sup>32</sup> Véase, por ejemplo, Ed Rooksby, «There Is No Left Exit», *Jacobin*, 22 de junio de 2016.

izquierda muchos eran decididamente ambivalentes, algo así como el 52 frente al 48 por 100 o, a la inversa, el 48 frente al 52 por 100. La mayoría votó negativamente, más «en contra» que «a favor»: votar contra la salida de la UE era votar contra Farage y la xenofobia, y votar contra la permanencia en la misma era hacerlo contra la clase dirigente del Reino Unido, la concentración de poder que no rinde cuentas en las cumbres de la eurozona y la impunidad política de los gobernantes.

### *El auge del Norte*

Cuando se hicieron públicos los resultados, la magnitud del malestar se hizo evidente: una decisiva derrota del 52 frente al 48 por 100 para el gobierno y sus variados aliados internacionales, con una participación del 72,2 por 100, que superaba todos los registros recientes. En términos sociales, casi dos tercios de la clase obrera (C2, D, E, de acuerdo con la clasificación estadística británica), que en conjunto constituyen alrededor del 46 por 100 de la población, votaron por la salida de la UE, con una participación de seis o siete puntos por encima de las recientes elecciones generales. A ellos se unieron por una escasa mayoría (51 por 100) la clase media y media-baja, así como las capas de oficinistas y «mandos intermedios» («C1»), que representan casi un tercio de la población. En ambos casos fueron los sectores de mayor edad –por encima de 45 años– los que votaron en mayor proporción por la salida. De las clases profesionales y de dirección («A y B»), que representan aproximadamente una quinta parte de la población, el 43 por 100 lo hicieron por el de Brexit, también, sobre todo, los mayores de 45 años. En términos geográficos, teniendo en cuenta los niveles de población, de participación y de voto, la Inglaterra meridional y oriental contribuyó con un 40 por 100 al voto a favor de la salida de la UE, mientras que el 60 por 100 provino del norte, las Midlands y Gales<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> Michael Ashcroft, «How the United Kingdom voted on Thursday... and why», Lord Ashcroft Polls, 24 de junio de 2016; Daniel Dunford y Ashley Kirk, «How did turnout affect the EU referendum result?», *Daily Telegraph*, 1 de julio de 2016; Tom Clark, «EU voting map lays bare depth of division across Britain», *The Guardian*, 24 de junio de 2016. Los pesos de voto norte-sur son proporcionales a la población. Excluyendo el Gran Londres, el sudeste, surdoeste y las regiones orientales albergan unos 20,3 millones de habitantes, alrededor de un tercio de la población del Reino Unido; los Midlands, el noroeste, nordeste, Yorkshire, Humberside y Gales a 28,5 millones. Las regiones donde ganó la opción de la permanencia, Londres (8,5 m), Escocia (5,3 m) e Irlanda del Norte (1,8 m) representan el 25 por 100 de la población total.

Las excepciones en esas regiones fueron las zonas más ricas del sur densamente poblado (Winchester, Guildford, Windsor, Tunbridge Wells), todas ellas registraron mayorías a favor de la permanencia en la UE, al igual que las ciudades universitarias ricas (Oxford, Cambridge, Bristol, York) y las principales ciudades del norte (Manchester, Liverpool, Newcastle). En cambio, el apoyo al Brexit se dio con más del 60 por 100 en las zonas costeras de retiro de la clase media, desde Eastbourne hasta East Anglia; en los suburbios de las antiguas clase obrera y media-baja de Essex y del estuario del Támesis; y en los pueblos y ciudades deprimidas de las Midlands: Nottingham, Coventry, Wolverhampton y Birmingham. En el norte desindustrializado, la participación fue de cinco o diez puntos porcentuales más que en las elecciones generales; en Hull y Doncaster, Rotherham y Barnsley, Middlesbrough y Hartlepool votaron más del 65 por 100 por la salida; en Sunderland, Rochdale, Burnley y Carlisle, más del 60 por 100<sup>34</sup>. En lo político, el voto a favor de la salida de la UE estaba lejos de ser homogéneo. Más de un tercio del mismo provenía de votantes del centro o la izquierda del espectro político: laboristas, pero también Verdes disidentes, nacionalistas escoceses, miembros del partido nacionalista galés, el Plaid Cymru, y Liberal-Demócratas del West Country, desde Cornualles hasta Bristol.

¿Se trataba principalmente de un voto contra la inmigración? Hay bolsas racistas profundas en las East Midlands, en el estuario del Támesis y en los flancos de los Montes Peninos. Los mayores de 55 años, que representan poco más de la cuarta parte de la población y que votaron 60:40 por la salida, mencionan el control de la inmigración como una preocupación importante. Sin embargo, sólo el 33 por 100 de los partidarios de la salida dieron ésa como la razón principal de su voto<sup>35</sup>. Aunque pueden ser necesarias ciertas matizaciones para reflejar la «reticencia de derechas», la legitimación del «discurso duro» contra los inmigrantes por parte del primer ministro, después de la declaración de «guerra contra los inmigrantes ilegales» del Nuevo Laborismo y la permisividad general de la campaña, sugieren que la cifra puede ser relativamente precisa. Muchos más pueden ser casualmente racistas o estar en general a favor de controles más estrictos de la inmigración. Pero para ellos, así como para la franja de edad entre los 18 y los 54 años, que constituyen la mayor parte del electorado, ése no era el tema determinante y la mayoría —el 49 por 100— daban en cambio como razón principal que «las

<sup>34</sup> D. Dunford y A. Kirk, «How did turnout affect the EU referendum result?», cit.

<sup>35</sup> Michael Ashcroft, «How the United Kingdom voted», cit.

decisiones sobre el Reino Unido se deben tomar en el Reino Unido», una formulación más ambigua que podría incluir razones democráticas, soberanistas y nacionalistas<sup>36</sup>. En cuanto al conjunto del electorado, el 37 por 100 dijo que preferiría permanecer en un mercado único aunque supusiera la libre circulación de la mano de obra, frente a un 33 por 100 que quería poner fin a ésta aunque ello supusiera perder el mercado único, con una marcada diferencia según la edad y el género: los hombres se mostraban claramente más preocupados por el control de la inmigración, tal vez porque han sufrido mayor deterioro en sus condiciones de trabajo<sup>37</sup>. Cabe señalar que las áreas con concentraciones más densas de «inmigrantes» fueron las que dieron porcentajes más bajos en pro de la salida; en Manchester el 25 por 100 de la población (incluyendo a los estudiantes) nació en el extranjero; en Londres, el 36 por 100<sup>38</sup>. La irritación de las antiguas regiones industriales parecía en buena parte dirigida contra las elites de Londres y de la UE; como explicó un votante de Sunderland a un reportero de Newsnight: «Todo esto lo han provocado los grandes bancos y el maldito Juncker».

La diferencia más notable entre los votantes de a favor del abandono y los de la permanencia en la UE era su previsión de sus propias perspectivas económicas y los riesgos que para ellas supondrá la salida del Reino Unido. Los votantes a favor del abandono eran notablemente más pesimistas sobre sus perspectivas y las de sus hijos y casi el 70 por 100 creían que el Brexit no podía empeorar más las cosas. Por el contrario, la mayor parte de los votantes por la permanencia estaban más esperanzados con el futuro y daban los riesgos económicos de salir de la UE como razón principal de su voto<sup>39</sup>. Desde hace años, el temor a que el cambio sistémico sólo traiga más miseria ha mantenido a los votantes europeos

---

<sup>36</sup> M. Ashcroft, «How the United Kingdom voted», cit.

<sup>37</sup> Opinium Research, 28 de junio de 2016; ONS, «Overview of the uk Population: February 2016», 26 de febrero de 2016; Gardiner, «Stagnation Generation».

<sup>38</sup> El miedo a la inmigración es más intenso allí donde se trata de un fenómeno reciente, en particular en regiones rurales como Lincolnshire y Northamptonshire, con bajos salarios medios y servicios públicos mermados, donde una población envejecida bastante homogénea ha visto el lento estrangulamiento de la pequeña industria y las agencias de reclutamiento han llevado a trabajar en el sector agrícola mano de obra de Europa central. La población del distrito deprimido de Peterborough no nacida en el Reino Unido ha saltado al 21 por 100 en una década, frente a una cifra del 13 por 100 para el conjunto del Reino Unido, y de sólo el 5-10 por 100 en la mayor parte del Sudeste que se inclinó por la salida de la UE.

<sup>39</sup> M. Ashcroft, «How the United Kingdom voted», cit.

enganchados a un *statu quo* socioeconómico ampliamente detestado, como se ha mostrado recientemente en los reparos griegos a salir del euro para restaurar el dracma. Sin embargo, en los distritos dónde ha triunfado la opción de la salida, que han estado deprimidos desde la década de 1970, con un PIB per cápita inferior a la mitad del registrado en el centro de Londres, y ahora más afectados por los recortes en los servicios y los subsidios, la desolación y la desesperación parecen haber triunfado sobre el temor económico<sup>40</sup>. ¿Se oponen entonces a la globalización? En cierta medida, si ésta no sólo significa desindustrialización y bajos salarios, sino también privación de derechos y austeridad políticamente orientada<sup>41</sup>. El sentimiento «antiglobalizador» de los jubilados del sur era notablemente diferente. Sus intereses económicos han sido cuidadosamente protegidos por los gobiernos Cameron-Osborne y su voto fue más puramente ideológico: el miedo al cambio se veía superado por la reafirmación de la identidad nacional ex imperial. Gran Bretaña nunca había sido conquistada por Alemania, así que, ¿por qué tenía que ceder poderes a Bruselas?

Por último, la diferencia en el nivel de participación desempeñó un papel fundamental en el resultado. Mientras que los inscritos en determinadas zonas del norte se acercaron a votar por primera vez en años, la participación en las reservas principales a favor de la permanencia estuvo por debajo del promedio nacional del 72 por 100: el 69 por 100 en Londres, el 67 por 100 en Escocia, el 63 por 100 en Irlanda del Norte. Lo mismo sucedió en las grandes ciudades regionales: la participación en Newcastle, Liverpool y Manchester fue, respectivamente, del 67, el 64 y el 60 por 100. El voto por la permanencia en la UE incluía dos tercios de los comprendidos entre los 18 y los 45 años de edad y alrededor del 70 por 100 de los votantes «negros y de otras minorías étnicas», pero la participación de ambos grupos cayó diez puntos por debajo de la media

---

<sup>40</sup> Desde la década de 1990, sus protestas electorales han quedado casi inválidas por el acomodo del Nuevo Laborismo al sistema mayoritario; Blair, Mandelson y los Miliband se aseguraron todos ellos escaños bastante protegidos en el Nordeste. La representación del 100 por 100 de los votos en el referéndum y la alta participación en el Norte fueron recordatorios de la masa social excluida por el sistema de Westminster.

<sup>41</sup> Para pensadores encuadrados en la derecha partidarios de la salida como Douglas Carswell y Daniel Hannan, el Brexit fue considerado siempre como un abrazo a la globalización y el libre comercio con el resto del mundo, no como una revuelta en su contra. El Reino Unido se convertiría en el Singapur del Mar del Norte, que vendería asesoramiento financiero a China, descendiendo el impuesto de sociedades a niveles irlandeses o búlgaros.

nacional<sup>42</sup>. ¿Cómo se explica esa falta de entusiasmo entre los partidarios de la permanencia, en comparación con la energía inusual de los partidarios de abandonar la UE? Había en juego elementos disuasorios para cada uno de los sectores más inclinados a la Permanencia: Escocia, Irlanda del Norte, los menores de 35 años. Para los dos primeros, el fervor británico-nacionalista de Cameron pudo enfriar su eurofilia. Ni el Sinn Féin ni los votantes del SNP se iban a movilizar en favor de un país dirigido «con mayor energía» desde Londres. El Sinn Féin también se estaba recuperando de un traumático punto muerto sobre los edictos de austeridad de Cameron-Osborne para Irlanda del Norte. Además, ambos electorados habían ido a las urnas para la Asamblea de Stormont y el Parlamento de Holyrood pocas semanas antes; los militantes de esos partidos habían agotado sus energías en esas campañas. Sólo en Inglaterra una enérgica campaña por la salida hizo bastante ruido para animar a la gente a votar (el caso del Partido Unionista Democrático habría convencido a pocos fuera de sus propias filas).

En cuanto a los jóvenes, la participación en el Reino Unido de las personas entre 18 y 24 años ha sido dramáticamente baja en las cuatro últimas elecciones, atendiendo a los baremos europeos; desde un 50-60 por 100 en la década de 1990 se desplomó a poco más del 40 por 100 en 2001<sup>43</sup>. No existen datos oficiales sobre su participación en 2016, pero se ha estimado en el 47 por 100 la de la franja comprendida entre los 18 y los 24 años y el 59 por 100 de la franja entre los 25 y los 34. En una encuesta, el motivo espontáneo dado por un tercio de los encuestados menores de 35 años para no votar en el referéndum sobre la UE era estar «demasiado ocupado, sin tiempo suficiente» –aunque los colegios estuvieron abiertos de 7 am a 10 pm–, seguido por «incómodo» (15 por 100), «no vale la pena votar» (15 por 100), «no registrado/a en el censo» (15 por 100) y «no

---

<sup>42</sup> La franja de edad entre 18 y 45 años representa el 34 por 100 del total de la población. Las principales categorías de la Office for National Statistics para las «minorías negras y étnicas», que representan alrededor del 12 por 100 de la población, son asiáticos/británicos asiáticos (7 por 100, principalmente del subcontinente indio), negros/británicos negros (3 por 100, principalmente procedentes del Caribe) y británicos mixtos (2 por 100).

<sup>43</sup> En cambio, los promedios de participación juvenil son del 54 por 100 en Francia, el 60 por 100 en España, el 64 por 100 en Alemania y el 65 por 100 en Italia: Katy Owen y Caroline Macfarland, «A Generation Apart: Were younger people left behind by the eu referendum?», COVI, julio de 2016, pp. 41-43. La caída en la participación electoral de los jóvenes británicos coincide con el inicio de la guerra de Blair contra el terrorismo.

quería»<sup>44</sup>. Después del referéndum, una serie de manifestaciones convocadas bajo el lema Love EU, en las que la gran mayoría de los participantes eran menores de 35 años, ofreció un eco occidental del eurocampamento de 2014 en Kiev: jóvenes eurófilos excluidos en la otra periferia de la UE. Muchos, sin embargo, no habían ido a votar. Se ha argumentado que el enfoque de Más Fuertes Dentro podría haber sido un freno: el análisis de la cobertura de los medios demostraba que «Cameron» era una de las palabras que aparecían con más frecuencia en los titulares sobre el referéndum en las redes sociales, junto con términos negativos como «advertir», «riesgo», «miedo» e «inmigración», ninguno de los cuales galvanizaba probablemente a los jóvenes. Pero había razones objetivas para el fracaso de Más Fuertes Dentro en cuanto a ofrecer una imagen atractiva de la UE, después de las debacles de la crisis en la eurozona. La elite británica tampoco podía invocar mágicamente la aceptación amplia del argumento europeísta después de insistir durante décadas en que sólo se trataba de un asunto de política exterior (puede que los escolares ingleses sean los únicos en Europa en cuyo plan de estudios no figura el tema de la UE). La energía que mostró el bando del Abandono era la de una protesta multiclase con varios aspectos, tanto culturales como socioeconómicos. Desde el otro lado, la abstención de los jóvenes podría ser entendida como una faceta más de ese mismo rechazo de una generación a un sistema político que apenas reconoce su existencia<sup>45</sup>.

### *Una Europa contraída*

Aunque sus causas son más profundas, el voto por el Brexit no habría sido posible sin la crisis financiera y el sesgo en una recuperación que ha tenido un fuerte componente de clase. Debe considerarse como otra víctima política del sistema atlántico tras 2008, la más grave hasta la fecha. Hasta ahora los tumultos en las calles, la proliferación de candidatos salidos de la nada, el hundimiento electoral de los gobernantes en ejercicio, la erosión del apoyo a los partidos mayoritarios, la deposición de Papandreu y Berlusconi, la humillación de Grecia, el punto muerto en España, etcétera, habían tenido pocas consecuencias estructurales para el orden existente; pero el Brexit sí las tiene. Dentro de la UE, Estados Unidos pierde a un aliado fiable, el peso más pesado en el apoyo a sus

---

<sup>44</sup> K. Owen y C. Macfarland, «A Generation Apart», pp. 69, 62-63, 49.

<sup>45</sup> Casi el 80 por 100 de los jóvenes del Reino Unido creen que el sistema político actual «no representa las necesidades de su generación»: Owen y Macfarland, «A Generation Apart», p. 40.

prioridades económicas –reducción de impuestos, garantías financieras, TTIP– y a sus intereses en política exterior: línea dura en Ucrania, militarización de los Estados bálticos, integración de Turquía y confrontación con Rusia. Londres siempre ha ayudado a soldar la UE a Estados Unidos, bloqueando toda desviación hacia una especie de *Ostpolitik* de la Unión. Dentro de la UE, Gran Bretaña ha actuado como elemento equilibrador ajeno a la eurozona, inclinándose del lado alemán en las cuestiones económicas y hacia lo que tradicionalmente era el lado francés en cuestiones político-constitucionales. Los países bálticos, Suecia, Dinamarca e Irlanda pierden así a su mejor aliado. Los países mediterráneos son los ganadores potenciales: Italia se convierte en la tercera mayor potencia de la UE, con España siguiéndola de cerca; el espectro de una alianza latina, liderada por Francia, amenaza la quebradiza jefatura de Berlín.

Debido a su moneda única, la UE sigue siendo el eslabón más débil en el orden internacional posterior a 2008. Al igual que en Estados Unidos, las oposiciones asumen la forma de una izquierda débil y una derecha fuerte. Dentro de la eurozona, funcionarios que no responden ante nadie ni obedecen a ninguna constitución son los que dictan las agendas parlamentarias de los países deficitarios y han dilapidado la fe en los organismos supranacionales. Las constricciones del euro han significado un estancamiento prolongado y una carga insostenible de deuda para los bancos de Italia y Portugal, así como crisis del crédito público y privado en Grecia y España. La crisis de la eurozona, al intensificar los flujos de capital caliente y mano de obra barata hacia el Reino Unido, donde amplifican los efectos de los rescates de Westminster para los bancos y los mercados de valores sumándose a los recortes del gasto público, fue la causa inmediata del éxito del Brexit: el pacto fiscal de 2011 [Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza en la Unión Económica y Monetaria] incitó a los conservadores euroescépticos a aumentar la presión sobre Cameron. La moneda única amenaza ahora con revertir el propio proyecto de integración europea.

Entre 1949 y 2010 ese proyecto avanzó gracias a una serie de conmociones exógenas, a las que los líderes europeos respondieron con nuevos pasos hacia una unión más estrecha y la expansión hacia el exterior, en dos dinámicas cada vez más entrelazadas. Durante el período más intenso de la Guerra Fría, el requerimiento del secretario de Estado Dean Acheson a Francia de que definiera su política a Alemania fue el catalizador de la constitución de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero

impulsada por Schuman y Monnet. El veto de Eisenhower a la invasión de Suez alentó la firma del Tratado de Roma en 1957: El abandono del patrón dólar-oro por Nixon desencadenó las incorporaciones de 1973. La desaparición de las dictaduras del sur trajo consigo la expansión de la década de 1980 y el establecimiento de la zona Schengen libre de pasaporte. La caída del muro y el colapso del bloque soviético intensificaron y extendieron la pauta de dos velocidades, con el Tratado de Maastricht y la incorporación de los países del este en 2004-2007. Desde 2010, sin embargo, la dinámica ha cambiado de dirección. Grecia fue amenazada (irracional y extraconstitucionalmente) por Merkel con la expulsión de la UE y, de manera más constructiva, su ministro de Finanzas Wolfgang Schäuble le ofreció ayuda para volver a su propio sistema monetario. El gobierno de Tsipras se encadenó a Bruselas, pero se había roto un tabú. A principios de 2016 los acuerdos de Schengen fueron suspendidos por Francia, Alemania, Austria, Suecia, Dinamarca, Hungría, Eslovenia y Noruega (que no pertenece a la UE) y se volvieron a establecer los controles fronterizos, en una reacción frente a los millones de desplazados desde el arco de guerra y destrucción causadas por las intervenciones de la OTAN, en particular, por bombas francesas y británicas.

La salida del segundo mayor Estado de la UE es un contratiempo más serio. De un solo golpe ésta pierde una octava parte de su población, una sexta parte de su PIB, la mitad de su depósito de armas nucleares y un asiento en el Consejo de Seguridad de la ONU, lo que fue presentado burlescamente en los medios de comunicación chinos como prueba de la decadencia de Occidente. Más alarmante para los guardianes de la Unión es el ejemplo que el referéndum británico supone para otros electorados disidentes. En Francia Marine Le Pen llamó inmediatamente a la celebración de un referéndum para decidir sobre el Frexit. Hasta ahora los gobernantes de la UE han rechazado la posibilidad de plebiscitos en los países miembros, recordando los rechazos neerlandés y francés en 2005 del Tratado Constitucional; Merkel fue elogiada universalmente por sus colegas por salvar el mismo paquete en su país dos años después mediante una aprobación sólo parlamentaria. El referéndum en el Reino Unido establece un precedente que no puede ser ignorado como negativa popular, habiendo vencido la ira y la frustración del miedo al cambio. Para el Consejo Europeo y la Comisión, que tienen un gran empeño en reafirmar la lógica precaución de los votantes, esto significa la entrada en escena de factores compensatorios, que operarán contra los intereses puramente económicos en las negociaciones del Brexit. Mientras tanto,

al reconocer tácitamente la profundidad del descontento, la Comisión se ha abstenido de imponer multas por el déficit a España y Portugal, donde el Bloco de Esquerda amenazaba con un referéndum sobre el pacto fiscal. Los alborotos de 2016 pueden dar lugar a un cambio de un neoliberalismo punitivo a otro compensatorio, al alcanzar sus límites políticos y económicos los recortes de gastos y la política monetaria, con lo que las medidas fiscales recuperarían cierta legitimidad. Teniendo en cuenta la proximidad de las elecciones, los gobiernos de Francia y Alemania están considerando nuevas regulaciones para frenar las «subidas de tensión» debidas a la inmigración.

La moneda única sigue siendo la mayor amenaza para el futuro de la UE. Pero tras ella hay intereses financieros, políticos e inerciales inmensamente poderosos, mientras que la presión organizada en favor de la reforma es muy débil. Syriza prometió lealtad al euro antes de formar gobierno. En Italia, el Movimento Cinque Stelle ha abandonado su demanda de un referéndum italiano al respecto. La eurozona se mantiene bloqueada en una lógica deflacionista, alejando a todos excepto a la clase media-alta del proyecto de afianzar la integración. Nuevas conmociones exógenas son prácticamente inevitables. Si es elegida Clinton, Estados Unidos tendrá su presidencia más dura desde la de Reagan. Una desaceleración lenta en la República Popular China podría ser tan perjudicial como su larga expansión. Los precios del petróleo por las nubes y por los suelos son políticamente desestabilizadores. Contratiempos en Oriente Próximo, la frontera rusa o el Mar de la China Meridional podrían cortocircuitar relaciones geopolíticas y economías nacionales ya bastante tensas. En estas condiciones, el prolongado impulso de los líderes de la UE hacia la integración a varias velocidades sin rendir cuentas a nadie podría dar lugar a consecuencias no pretendidas.

### *¿Hacia la puerta?*

Para el Reino Unido, el resultado político inmediato del voto del Brexit ha sido apuntalar a los conservadores. Tras una pausa de tres semanas, Theresa May, ministra del Interior de Cameron de la línea más dura, se trasladó a vivir al número 10 de Downing Street manteniendo como siempre sus labios apretados. Los medios de comunicación, desde *The Sun* y el *Daily Mail* hasta *The Guardian* y el *Daily Mirror*, cerraron filas inmediatamente a su alrededor, mientras la clase dirigente se precipitaba a asegurar al mundo que

el Reino Unido tenía un gobierno en perfectas condiciones para hacer frente a la crisis. Al mismo tiempo, la derecha laborista se alzaba en una sublevación orquestada contra Corbyn, achacándole haber perdido el referéndum con sus leves críticas a la UE. Se convirtió en la cabeza de turco del resultado, siendo acusado por la BBC y *The Guardian* de «sabotaje deliberado» por negarse a unirse a Más Fuertes Dentro —«Nunca quiso realmente que la opción de permanecer en la UE ganara y lo mostró en cada una de sus innumerables muestras de falta de determinación»—, mientras sus colegas parlamentarios libraban una guerra abierta contra él<sup>46</sup>. Al igual que Cameron, el Nuevo Laborismo al grán no había entendido las señales de advertencia de la incipiente politización. En lugar de asfixiar a Corbyn con amabilidad y atarlo debidamente en compromisos hasta que perdiera las elecciones y despedirlo entonces, ha radicalizado acerbamente la lucha contra él. Los intentos posblairitas de recuperar el partido han sembrado tanta cizaña que surgieron decenas de miles de corbynistas uniéndose a sus filas. Por todo esto, un mes después del referéndum los laboristas seguían teniendo alrededor del 30 por 100 de aceptación en las encuestas, igual que cuando los dirigía Miliband en las elecciones de 2015, aunque ahora estén más del 10 por 100 por detrás de los conservadores.

Las consecuencias económicas de la consulta todavía tienen que dejarse sentir, pero no ha sobrevenido ningún caos inmediato. El mercado de valores se ha recuperado y la libra esterlina se mantiene estable frente al dólar y el euro. La confianza empresarial se ha visto fortalecida por otra reducción del 0,25 por 100 en los tipos de interés<sup>47</sup>. La economía del Reino Unido sigue siendo muy vulnerable a las conmociones externas —lastrada por la deuda de los hogares, con un tremendo agujero en la balanza de pagos por cuenta corriente, con la productividad y los ingresos estancados y sin margen para subir los tipos de interés para defender la libra—, pero todavía puede parecer comparativamente sana en el contexto europeo. Sería notable, sin embargo, que la subida de los precios y las vacilaciones en la inversión no se dejaran sentir en los

---

<sup>46</sup> Laura Kuenssberg, «Corbyn office “sabotaged” EU campaign—sources», BBC, 26 de junio de 2016; Jonathan Freedland, «The young put Jeremy Corbyn in, but he betrayed them over Brexit», *The Guardian*, 27 de junio de 2016; Sarah Dittum, «Corbyn’s supporters loved his principles. But he ditched them in the EU campaign», *New Statesman*, 26 de junio de 2016.

<sup>47</sup> Larry Elliott, «Brexit Armageddon was a terrifying vision—but it simply hasn’t happened», *The Guardian*, 20 de agosto de 2016.

próximos años. La consternación del 48 por 100 al sentirse apartados de horizontes culturales más amplios y variados es comprensible, pero los sentimientos también son moldeados por las realidades materiales, aún por desarrollar. Tras el referéndum se han estabilizado las denuncias de agresiones contra los inmigrantes –aunque también, de manera anecdótica, hayan aumentado las respuestas a las mismas–, sin llegar a ser comparables en escala a los malos tratos a los negros y asiáticos. El racismo británico comienza por arriba, con los centros de detención del Ministerio del Interior, las pautas policiales y las guerras neoimperiales.

Políticamente, los conservadores están todavía en la cresta de la ola, beneficiándose de las batallas internas de los laboristas. El UKIP está en total confusión tras el referéndum, hundido en la lucha entre facciones. Los liberal demócratas todavía están siendo castigados por los votantes por su papel en la coalición 2010-2015. Con el Nuevo Laborismo también destronado, la tendencia socioliberal en la política británica –hogar natural de la intelectualidad inglesa– se halla en retroceso. No deben subestimarse, sin embargo, las contradicciones de los conservadores al convertirse en el partido del Brexit. El Partido Laborista tiene una larga historia en cuanto a machacar a la clase a la que se supone que representa; los conservadores han sido en general más fieles a sus partidarios. Pero su propia base se halla ahora dividida entre la masa electoral partidaria del abandono de la UE y un hatajo de empresarios y financieros partidarios de permanecer en la misma, respaldados por el capital internacional. El gobierno de May se enfrenta a un vasto proyecto de desenmarañamiento legal, con implicaciones contractuales ramificadas, que chirría contra los intereses inerciales de Whitehall y que supondrá enormes dolores de cabeza y años de trabajo ingrato para producir un resultado que probablemente no esté muy alejado de la situación actual. Las negociaciones comerciales son notoriamente dilatadas y agrias, y no lo serán menos en una economía mundial cartelizada, atascada por el exceso de capacidad y mano de obra excedente y que se desliza lentamente hacia una desaceleración encabezada por China. El Reino Unido no tiene ninguna estrategia unificada, ni se han acordado prioridades de negociación para conducir el proceso de separación entre las muchas opciones comerciales y de inmigración, altamente técnicas: unión aduanera, mercado único, Área Económica Europea, etcétera; ni tampoco hay un proyecto constitucional plenamente legitimado: ¿decretos gubernamentales, soberanía parlamentaria, otro referéndum?

Sobre todo esto se discutirá en el Parlamento, donde hay una mayoría transversal a favor de permanecer en la UE de alrededor del 75 por 100. La prensa está dividida, con *The Guardian*, *The Independent* y el *Financial Times* saltando sobre las diferencias dentro del gabinete, mientras *The Telegraph* y *The Times* preparan a sus lectores para un compromiso, y el *Daily Mail* y el *Daily Express* arremeten contra los contemporeizadores. May ha dividido las responsabilidades del Brexit entre tres ministros –Johnson en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Liam Fox en el de Comercio Internacional y David Davis para encabezar un nuevo departamento que negocie con la Comisión–, lo que significa que, en realidad, decidirá ella misma. Eso también la convierte en el blanco principal de las críticas. Asegurándose el apoyo de Tokio, Obama la amenazó con que los vínculos comerciales entre Estados Unidos y el Reino Unido podrían «deshilacharse» si a las empresas japonesas y estadounidenses en el Reino Unido se les negara el acceso al mercado único de la UE. La City ha presionado a puerta cerrada y parece optimista en cuanto a las perspectivas de sus grandes empresas y bancos.

Acabe o no el Reino Unido abandonando finalmente la UE, las paradojas del referéndum se mantendrán. Cultural e ideológicamente, la victoria del nacionalismo británico (léase: inglés) ha puesto de manifiesto la vacuidad de sus símbolos: Rule Britannia, Madre de los Parlamentos, Marina Real Británica, Avanzar por sí solos, Espíritu de Dunkerque, etcétera, todo eso se ha desvanecido como humo. El Reino Unido se ha acostumbrado a servir como un Estado semisoberano, cuya política exterior se decidía en Washington, mientras sus reglamentos nacionales se redactaban en Bruselas. Las fisuras subnacionales se han profundizado con los deseos de Escocia, y sobre todo de Irlanda del Norte, enfrentados al rumbo pilotado desde Londres. La primera visita de May fue a Edimburgo, para obtener algún tipo de acuerdo todavía no revelado con la líder escocesa Nicola Sturgeon. El SNP, con mayores competencias fiscales tras el referéndum de independencia de 2014, está conduciendo su bloque social en una dirección más socialdemócrata, con la opción de otro referéndum sobre la independencia todavía sobre la mesa. Irlanda del Norte se puede ver empujada a sopesar sus relaciones con la República frente a las que la unen a Gran Bretaña. El voto Brexit no significa, sin embargo, que se haya hecho trizas el Estado y, menos aún, la caída de Bruselas. Por ahora, no obstante, está claro que la Gran Bretaña blairizada

ha sufrido un duro golpe, al igual que la UE hayekianizada. Los críticos del orden neoliberal no tienen ninguna razón para lamentar estos golpes, contra los que han arremetido todos los gobernantes principales, desde Obama hasta Abe, desde Merkel a Modi, desde Juncker a Xi. Está por verse aún cuáles serán en última instancia las líneas de comportamiento más importantes, así como los efectos secundarios de cada una de ellas.